



HISPANIA NOVA

<http://hispanianova.rediris.es>

■ Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Víctor M. TOLEDO: *Metabolismos, naturaleza e historia. Hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas*, Barcelona, Icaria, 2011, 375 páginas. Por Alejandro Pérez Olivares (Universidad Complutense de Madrid).

Es difícil que un libro de síntesis ofrezca unas claves interpretativas tan sugerentes y logre abrir líneas nuevas de investigación como hace el estudio firmado por Manuel González de Molina y Víctor Toledo. Quizá es así porque, como aseguran los autores desde las primeras páginas, esta obra se apoya en la interdisciplinariedad. La interpretación socioecológica del pasado apuesta necesariamente por la epistemología de la complejidad, pretende superar los esquemas tradicionales de la historiografía y se sitúa en el campo de las disciplinas híbridas. Por otro lado, el presente libro muestra una nueva materialidad sobre la que asentar el pasado, que es al mismo tiempo natural y social, cultural y biológica. Esta división entre naturaleza y cultura, acaecida en la gestación de la Revolución Industrial, se sitúa dentro de la “ilusión metafísica” de la Modernidad, con su relato lineal del tiempo y la noción de progreso y crecimiento ilimitados.

Con una treintena de estudios a sus espaldas entre libros, artículos y colaboraciones en obras colectivas, los autores, Manuel González de Molina y Víctor M. Toledo, proponen un “giro ambiental” de la historiografía apoyándose en todo un caudal bibliográfico desde el que han teorizado y puesto en marcha una disciplina híbrida: la historia ambiental. Al repaso de sus orígenes, bases teóricas y epistemológicas, la búsqueda de nuevos paradigmas y la aparición de una nueva función social para nuestra disciplina se dedica el primer capítulo del libro, donde queda puesta de manifiesto la relevancia internacional de los estudios de González de Molina. ¿Cómo es posible seguir escribiendo sobre el pasado sin tener en cuenta las leyes físicas y biológicas? De esta forma, el “desmigajamiento posmoderno” no ha afectado a la forma en que concebimos el discurrir del tiempo y del espacio, utilizando un “paradigma simplificador”, en palabras de Edgar Morin, que no nos permite comprender más allá de determinados fragmentos de realidad.

En esta obra la historia ambiental trasciende la noción de la acción humana como *agente estresante* para considerarla agente del cambio. Por tanto, tenemos que hablar de dinámicas en el tiempo. La historia ambiental no es una mera transposición de conceptos y esquemas de las ciencias naturales: la historia no es sustituida por la biología. El conocimiento que ofrece es transversal a los enfoques y debates historiográficos, ya que utiliza teorías y métodos de la historia política, económica o social. Pero, al mismo tiempo, tiene sus propias bases epistemológicas: la Ecología, la Termodinámica y la Teoría de Sistemas, que aportan la visión de interacción entre los componentes

natural y social, la complejidad de lo real, la irreversibilidad de los procesos físicos y biológicos y una concepción holística que permite articular conceptos y construcciones teóricas de muy diferentes campos.

Aquí viene el primer problema de la propuesta de González de Molina y Toledo. Los autores sostienen que el paradigma ecológico está estrechamente vinculado a lo anterior, lo que supone dos esferas de discusión. La primera es cómo hacer compatible la noción de paradigma con la renuncia expresa a hacer de la historia ambiental una visión totalizante. Si aceptamos la necesidad de replantear las relaciones entre naturaleza y sociedad como fundamento de *lo histórico*, ¿hasta qué punto podemos renunciar a explorar la historia ambiental en nuestros análisis? Lo que está en juego, en suma, es la propia definición de nuestro objeto de estudio. La segunda discusión es relativa al propio paradigma ecológico, que tiene tras de sí la noción de sustentabilidad como base de la organización social. Por tanto, la conciencia sería la base del cambio histórico, pero, ¿fue así en el pasado?

Quizá el mayor activo de esta obra se desarrolle en el segundo capítulo, donde los autores presentan el concepto de metabolismo social, concepto que representa la culminación teórica de la relación entre la naturaleza y la sociedad y devuelve esta relación al centro de la discusión. Para los autores, la clave reside en una situación de *determinación recíproca*, ya que los seres humanos “socializan” fracciones de la naturaleza al tiempo que “naturalizan” a la sociedad al establecer vínculos con el universo natural. Por tanto, los autores pretenden superar el enfoque social tradicional basado en la posesión o no de los medios de producción a través de los cinco procesos metabólicos: apropiación, circulación, consumo, transformación y excreción. Procesos que permiten describir y cuantificar los flujos de materia y energía intercambiados entre conglomerados sociales y particulares y el medio natural.

Los siguientes tres capítulos se extienden en desarrollar este concepto a lo largo de la historia de la Humanidad mediante tres categorías: metabolismo extractivo o cinegético, metabolismo orgánico o agrario y metabolismo industrial. Capítulos en los que la obra pierde carga interpretativa pero gana en expresividad analítica a través de una radicalidad espacio-temporal que desactiva cualquier atisbo de determinismo. La relación entre población y recursos, entre sociedades y ecosistemas, no es simple ni lineal, entonces, ¿cómo explica la historia ambiental el cambio histórico? González de Molina y Toledo presentan una teoría multicausal que incluye las propias condiciones ambientales en que se desenvuelve la acción humana, la dotación de recursos y las posibilidades de acceso a los mismos, el cambio tecnológico, las construcciones culturales que desarrollen un discurso hegemónico (o no) sobre el propio ecosistema, el azar...

El papel del conflicto como razón del cambio aparece reformulado, puesto que se origina en el interior de los cinco procesos metabólicos y por tanto es estructural en relación al entorno natural, aunque habría que diferenciar entre conflictos reproductivos y distributivos en función de la modificación o no de los usos de los recursos y la generación de daños ambientales que puedan poner en peligro la propia existencia de la sociedad. Las categorías sociales estarían unidas a las formas de articulación del metabolismo social. Así, no sólo habría que atender a los sujetos o entidades que se apropian de los fragmentos de naturaleza, también son importantes las interrelaciones dentro del

marco general de transformación, comercio y consumo de materia y energía.

De otro modo, la noción de metabolismo social obliga a replantearse el tránsito a la sociedad industrial como un proceso acumulativo en el que hay que valorar las interrelaciones como una parte importante del cambio. Una “gran transformación” que necesita ser comprendida en el tiempo largo. Un enfoque ambiental que no desecha la modificación en las representaciones colectivas respecto a la naturaleza, el verdadero origen de la “ilusión metafísica de la Modernidad”, puesto que el carácter eminentemente entrópico del capitalismo no puede ser entendido sin el predominio de una concepción antropocéntrica del mundo, un desarrollo concreto de la ciencia y sus derivados tecnológicos y el progresivo avance de la ética del lucro individual.

¿Es prematura la noción de metabolismo social como propuesta historiográfica? Es la pregunta que se hacen los autores en el capítulo final del libro y con ella podríamos inaugurar nuestras conclusiones. En primer lugar, apostar por la complejidad y los marcos interdisciplinares supondría reconocer abiertamente la deuda con otras ciencias sociales y resituirla en una nueva narrativa, al tiempo que se reflexiona sobre la historicidad del espacio y el tiempo, matriz de nuestra disciplina. Por otro lado, supone redescubrir una nueva materialidad desde la que desplegar el análisis del pasado. Las implicaciones prácticas de este nuevo concepto son muy variadas. Desde la concepción de un espacio social y ambiental en permanente construcción (y deconstrucción) histórica a la utilización de escalas analíticas diversas de acuerdo a la unidad de apropiación (sujetos, barrios, comunidades, ciudades...) que sea objeto de estudio, pasando por las instituciones políticas y los universos culturales y simbólicos que hacen posible un modo de apropiación determinado.

Por tanto, no termina de convencer que la búsqueda de sustentabilidad sea el primer objetivo del conocimiento histórico ambiental. De ser así, volveríamos a pretender establecer leyes del cambio histórico, precisamente lo que se trata de evitar. Quedarían por esclarecer todavía muchas de las relaciones entre teoría, ética y práctica ecologista en relación al estudio del pasado. Por ejemplo, si el objetivo de la historia ambiental es el “giro copernicano” de situar los sistemas socioambientales en el centro de la discusión o si se limita a conformar una corriente más. A pesar de ello, el libro de Manuel González de Molina y Víctor Toledo es una síntesis que abre un amplio horizonte de posibilidades.

Alejandro Pérez Olivares
Universidad Complutense de Madrid.
aperezolivares@gmail.com